

SUMARIO

El aumento de los efectivos del ejército alemán y la nueva ley militar, por J. C. Guerrero.—*Misión urgente*, por Manuel Alvarez Espinosa, capitán de infantería.—*¿Calidad ó cantidad?*—*El nuevo cañón francés para la artillería á caballo*.—*Nuevo sable para la caballería*.

BIBLIOTECA

Pliego 19 «De la resolución de los problemas de tiro sobre el campo de batalla».

Pliego 9 de «Una visita al ejército ruso», por D. Carlos Requena.

Pliegos 16 y 17 de «La instrucción de tiro con ametralladoras en el extranjero».

EL AUMENTO DE LOS EFECTIVOS DEL EJÉRCITO ALEMÁN Y LA NUEVA LEY MILITAR

El aumento de los efectivos se eleva á 4.000 oficiales, 15.000 clases, 117.000 soldados ó sea un total de 136.000 hombres. A esta cifra hay que agregar unos 8.000 hombres más que representan la clase de funcionarios militares y que no figuran sobre las listas de los efectivos en pie de paz, tales como los cuerpos de Administración, Sanidad é Intendencia Militares.

He aquí comparativamente los efectivos totales fijados por las leyes de 1912 y la del año actual.

	En 1912	En 1913
Soldados.	544.000	661.000
Clases.	95.000	110.000
Oficiales.	28.000	32.000
Voluntarios de un año.	14.000	15.000
Oficiales asimilados.	40.000	48.000
Total.	721.000	866.000

La Administración Militar acelera la realización de este esfuerzo colosal, con las siguientes medidas:

Para obtener el efectivo de los soldados, 63.000 reclutas de más serán llamados cada año bajo las banderas. Esta cifra aunque á primera vista parezca exagerada puesto que con ella se realizará en dos años el aumento total de 117.000 hombres, no lo es desde el momento que se recuerde que las autoridades militares alemanas agregan un 8% al efectivo del reclu-

tamiento, de modo de compensar el déficit que pudiera ocurrir durante el año y así, por ejemplo, el número de reclutas que en 1911 era de 292.000 será este año de muy cerca de 360.000.

En lo que respecta á los efectivos de suboficiales, dos nuevas escuelas de clases serán creadas y ampliadas también las existentes. Las primas acordadas serán de 3.000 marcos en vez de 1.500 y la indemnización que se paga á aquellos que al ser licenciados no encuentran ocupación en las profesiones civiles, se aumentará á 240 marcos por año.

Los sueldos de las clases y de los reenganchados serán mejorados con suplementos especiales.

Para los oficiales se creará una nueva escuela de guerra en Prusia y las academias prusianas y sajonas serán agrandadas.

Ahora bien, examinando detalladamente la ley y las innovaciones que la misma contiene se observa que en ella se preveen los siguientes aumentos:

Comandancias: Creación de una nueva inspección de ejército, de 3 cargos de gobernadores de fortalezas, de inspecciones de tropas de ferrocarriles, de telegrafía, de servicios aerostáticos, de aviación, de automóviles, de fortalezas, á razón de una en cada ramo, y de 15 inspecciones de tropas de la segunda reserva.

Infantería: Creación de 18 nuevos batallones en otros tantos regimientos que actualmente solo tiene dos; de 18 compañías de ciclistas; del mismo número de compañías de ametralladoras en los 18 batallones de cazadores y de 16 secciones de ametralladoras de plaza. Además aumento del número de capitanes y oficiales superiores.

Caballería: Por el momento se renuncia á constituir divisiones de caballería, pero en cambio se crearán 6 regimientos en Prusia y 4 escuadrones en Baviera; además se aumenta el número de plazas de jefes de escuadrón y se refuerza el efectivo de todos los regimientos.

Artillería de campaña: Se conserva el sistema de las baterías de seis piezas y las 99 de cuatro piezas que existen actualmente, recibirán el material necesario para las otras dos piezas. Los efectivos de todas las baterías serán reforzados y se aumentarán las plazas de tenientes coroneles, capitanes y primeros tenientes.

Artillería á pie: Creación de tres regimientos y de 1 batallón así como de 7 secciones de material; aumento del cuadro de oficiales y de los efectivos de todos los batallones de tres baterías.

Ingenieros: Creación de 11 nuevos batallones y de 9 secciones de proyectores; organización de 9 regimientos con los 18 batallones que hoy existen.

Tropas auxiliares de comunicaciones: Creación y transformación de 4 batallones de telegrafistas compuestos de dos compañías. De 1 batallón de dos compañías de ferrocarriles; de 2 batallones de tres compañías de avia-

dores. Reforma completa del programa de la flota aérea y aumento de plazas en los batallones de ferrocarriles y de aerostación.

Conviene agregar á estas innovaciones, la de constituir un tesoro de guerra ascendente á 240 millones de marcos de los cuales 120 millones en oro y otros tantos en plata que serán obtenidos por medio de una emisión de billetes de 5 y 10 marcos, cubriéndose los gastos de dicha emisión con los excedentes de 1911 y con las economías que se realicen al acuñar la moneda.

El contingente de soldados que corresponderá á los Estados confederados, después de la aprobación de la ley militar del año actual se reparte en esta forma:

513.668, prusianos; 75.168, bávaros; 49.472 sajones; 25.468 wurtembergueses y el ejército estará repartido en las siguientes armas: 669 batallones de infantería; 550 escuadrones de caballería; 55 batallones de artillería desmontada; 44 de ingenieros; 21 de tropas de comunicaciones y 26 de material y equipos.

Hay que señalar especialmente las prescripciones de la ley en lo que toca á mejorar las condiciones de las reservas y llegado el caso, á acelerar la movilización de los efectivos para lo cual se aumenta el número de distritos de reclutamiento, se refuerza el cuadro de oficiales, se rejuvenecen y amplían los cuadros de la reserva y se mejora la instrucción de los reservistas.

A partir del 1.º de octubre de este año, se fija en 317, ó sea en 20 más que en 1910, el número de comandancias de distrito encargadas del reclutamiento.

Con la creación de nuevas plazas de oficiales se obtendrá según dice el proyecto de ley una ganancia en el valor ofensivo de la reserva y en la rapidez de su movilización.

Con el llamamiento bajo las banderas de 63.000 reclutas más, se aumenta otro tanto cada año el contingente de las reservas de mozos y las que se movilizan en primer término serán las compuestas de soldados de 23 á 24 años que habrán hecho recientemente su servicio militar y así, en caso de guerra, no habrá necesidad de recurrir para la batalla probablemente decisiva del décimo al duodécimo á soldados de treinta años de edad con mujer é hijos, faltos de ejercicio.

Con esta innovación, que podría decirse la más importante del proyecto, las primeras batallas que en caso de guerra deba sostener el ejército alemán, serán dadas con un 80 % de soldados pertenecientes al activo y reservas que acaban de ser licenciadas.

Un crédito especial de 16 millones de marcos figura en el correspondiente capítulo del presupuesto nacional de 1913, para mejorar la instrucción de los reservistas y multiplicar sus periodos de ejercicios. Los gastos extraordinarios previstos por la nueva ley militar, se elevan á 898 mi-

llones de marcos que se distribuyen en esta forma: 230 millones para la construcción de cuarteles; 210 para nuevas fortificaciones; 80 para la ampliación de la flota aérea; 71 para preparar nuevos campos de maniobras; 14 para cocinas rodadas y material, el resto para equipos, armamentos, caballos, etc. de los nuevos batallones y escuadrones que se creen.

Estos 898 millones serán repartidos en tres años: 435, en 1913; 285, en 1914; 178, en 1915.

De la cantidad de 210 millones afecta á la construcción de fortificaciones, tocará una parte muy importante á Graudenz situada en la frontera del Este, y á la cabeza del puente que defiende el Vístula y gran centro estratégico por las innumerables vías que allí se cruzan. Graudenz será transformado en plaza fuerte de primera clase con un Gobernador y un delegado del Estado Mayor General, como comandantes.

Además las ciudades de Koenisberg, Posen, Breslau y Coblenza serán mejoradas en sus fortificaciones y convertidas en fortalezas de primer orden.

Otra serie de ciudades de menor importancia serán modernizadas en su sistema de defensa, pero—á pesar de haber sido exaltado en el Reichstag—el Ministerio de la Guerra no creará nuevas pequeñas guarniciones, que según opiniones militares autorizadas distraerían muchos cuerpos de ejército y acarrearían grandes gastos, presentando también el inconveniente que destacados en ellas regimientos de una sola arma, les sería imposible los ejercicios coordinados con los demás.

El aumento del Tesoro de Guerra, tiene por objeto cubrir la Hacienda del Imperio permitiéndole que en épocas críticas pueda hacer frente á las necesidades del momento.

Hasta ahora, el Tesoro se reducía á 120 millones de marcos, que se conservan en la Torre de Spandau como resto de los cinco mil millones de francos pagados por Francia después del Tratado de Franckfort, pero con la innovación que introduce el proyecto de ley, aquél ascenderá á 360 millones de marcos.

De esta manera, en el caso que la guerra estallara, la reserva de oro del Banco del Imperio podría ser aumentada y permitir la emisión de billetes por el triple del valor del metal depositado.

Este nuevo é inmenso esfuerzo militar estará casi realizado en octubre del corriente año: en primer término, la construcción de las fortificaciones y los aumentos previstos en la infantería, caballería y artillería.

Respecto á las demás armas ciertas dificultades de aplicación inmediata, harán retardar dos ó tres años el cumplimiento total de la ley.

Sin embargo, todas las disposiciones de la ley de 1912, que debían ser puestos en vigor, sucesivamente hasta 1915, estarán realizados antes del próximo año. La adquisición del material de guerra fué activada y una ley

prohibirá la exportación de caballos nacionales que serán destinados á la remonta del ejército.

El deseo de ser total é inmediatamente cumplidas las disposiciones de la nueva ley se señala con el hecho de que los gastos, repartidos precedentemente en cinco años, lo serán esta vez en tres.

Y esta es la opinión de jefes de alta nota, uno de los cuales, el Comandante Schreibershofer, escribía hace poco en el *Morgen Post*.

“Las transformaciones activas no son suficientes por si mismas á decidir la suerte de una guerra y desde el comienzo de ésta es necesario llamar las reservas, por lo cual debe exigirse de éstas el mismo vigor que de las tropas activas. De aquí la doble ventaja de la nueva ley, que aumenta el número de las tropas de activo y permite llamar menos del de la reserva, acreciendo al propio tiempo la cifra de clases y constituye una reserva más joven y enérgica, pues es evidente que tanto más un hombre es joven mayor es su energia y su afán de sacrificarse por la Patria. Agregad á eso las circunstancias que influyen en la psicología de un ejército. En otra época hubiéramos debido llamar á los reservistas de las clases antiguas, con mujer é hijos porque no habian hecho su servicio militar; en lo sucesivo esta injusticia que era desfavorable para la moral del ejército, será reparada, y el valor táctico de las formaciones de reserva aumentado por la frecuencia de los periodos de ejercicio y con el refuerzo de los cuadros de oficiales”.

Se puede definir así el espíritu de la ley: “Sin transformar muy profundamente el ejército con nuevas formaciones, lo rejuvenece y mejora su calidad”.

El general von Litzmann, escribe en la *Tagliche Rundschau*.

“Es una característica de la gravedad de la situación política, el hecho de que las medidas prescritas por la nueva ley, sean tomadas desde el 1.º de octubre del corriente año y si ello es consecuencia de la guerra balcánica, demos las gracias al Dios de la Guerra. La época de las indecisiones pasó y esta ley es una garantía de paz, pero de una paz de la que podremos gozar con la cabeza alta”.

Hemos de entrar ahora en la parte económica del proyecto, que es la parte de la reforma que presenta algunas dificultades, aun cuando sólo desde el punto de vista de los detalles.

A más de los gastos extraordinarios ascendentes á 898 millones de marcos, los gastos corrientes que ocasionará la nueva ley se elevan á 393 millones de marcos que deberán ser repartidos:

54 millones en 1913; 153 en 1914; 186 en 1915; haciendo aquéllos y éstos una suma total de 1.291 millones de marcos, y en los cuales no están, desde luego, incluidos los 220 millones de marcos que señala el presupuesto ordinario.

Todos esos nuevos gastos serán cubiertos por una contribución ex-

traordinaria—la “contribución de guerra” ideada por el Emperador—y por impuestos regulares que aun no se han fijado existiendo entre los Partidos un gran desacuerdo sobre la “materia imponible”.

Sin embargo, parecen haberse aceptado en principio los siguientes: 1.º Renuncia á la reducción del impuesto interior sobre azúcar, ya acordada, y que no entrará en vigor hasta 1916; 2.º Impuesto sobre las sucesiones; 3.º Derechos de timbre sobre los contratos de sociedades, pólizas de seguros y transmisión de bienes.

Se habla también del establecimiento de un monopolio sobre fósforos, el alcohol y los cigarrillos.

La “contribución de guerra” se basará en las declaraciones hechas de su fortuna por los particulares, anteriormente al 31 de diciembre del año último y se estima que produzca de 975 á 1.000 millones de marcos.

La contribución será de 0,5 por ciento de la fortuna y debe pagarse en dos años, ó en tres, si el contribuyente lo deseara.

No sólo los particulares sino las sociedades por acciones, serán impuestos; la única excepción á esta regla son las fortunas inferiores á 10.000 marcos.

Además, independiente de la anterior, otra contribución del 13 por ciento será percibida sobre las rentas que excedan de 50.000 marcos en la medida en que aquélla, es decir, la de 0,5 por ciento, no hubiera producido el 2 por ciento de rentas, palabra esta última que se aplica no sólo á los intereses del capital sino al producto del trabajo. Los príncipes de los Estados confederados participarán también de dicha contribución.

Los Estados confederados pagarán una contribución anual de marcos 1,25 por cabeza, para la cual establecerán impuestos sobre la renta y las sucesiones ó las aumentarán caso de que ya existieran.

En el caso de no poderse crear en tiempo oportuno estos impuestos, una ley del Imperio estatuirá otro sobre el aumento de las fortunas que varíe entre el 1½ y el 2 por ciento.

Los extranjeros residentes en Alemania no son excluidos de la contribución patriótica y además están comprendidos en la ley condicional sobre el aumento de la fortuna, al igual de los súbditos alemanes.

Sin embargo, al hacer el cómputo de la fortuna, no serán englobados los bienes inmuebles y los capitales invertidos en negocios que los extranjeros tuvieran fuera de Alemania.

Toda falsa declaración que se hiciera será castigada con multa á seis meses de prisión.

Los comentarios de la prensa sobre la nueva ley han sido numerosos, pero aparte de algunos que sólo hacen crítica de detalle y de los socialistas que califican el proyecto de “orgia militarista”, todos los demás periódicos defienden unánimemente las medidas gubernamentales.

Uno de los principales periódicos nacionales liberales escribe lo siguiente:

“Estos grandes gastos son una prima de seguro, prima indudablemente alta, pero con los vecinos que tenemos siempre hay peligro de incendio. Entonces, ¿cómo no asegurarnos? Una guerra de un año nos costaría de 6 á 7 millones de millones y si nos fuera fatal de 20 á 25. ¿Cuál es por lo tanto, en comparación de esta perspectiva, la suma que nos costará el aumento de los armamentos?”

El *Berliner Tageblatt*, radical, se fija exclusivamente en las obscuridades del proyecto desde el punto de vista de la Hacienda Pública y hace notar que triplicando el “Tesoro de Guerra” y elevándolo de 120 millones á 360 se retirarán de la circulación grandes existencias de oro, lo cual es lamentable en estos momentos de gran tensión monetaria.

El director del *Deutsche Bank* von Gwinnor parece haber reunido la opinión general cuando al hablar con un periodista que lo interrogara, se expresó en esta forma:

“El pueblo alemán posee una fortuna de muy cerca de 300 millares de millones; es rico y honrado y pagará.”

Sin embargo, el conocido financiero no ocultó el hecho de que algunas fortunas y capitales habían tomado ya los caminos de Bélgica y de Suiza.

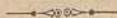
La prensa liberal protesta contra ciertas nuevas fuentes de impuestos para cubrir los gastos que la ley ocasiona. Algunos han protestado contra la exageración de los créditos militares, aunque reconociendo la necesidad de aumentar el ejército, y contra ellos es dirigida esta réplica del *Vorwaerts*, órgano del partido socialista:

“Los liberales no lucharán siquiera contra estas formidables leyes militares, contentándose con proceder á reducciones ridículas que ni siquiera alcanzarán la suma de 20 millones.”

En definitiva, la opinión más generalizada en los centros políticos berlineses es que la nueva ley será aceptada sin dificultad antes de terminar el Reichstag sus sesiones del corriente mes y que la ley de impuestos, por el contrario, será objeto de una discusión larga y difícil que le hará probablemente introducir algunas reformas por lo cual no podrá ser votada antes de septiembre.

J. C. GUERRERO

Dresden (Sajonia) abril de 1913.



MISIÓN URGENTE

No es necesario tener muchos años para haber conocido dos modalidades distintas, opuestas completamente, de la conciencia nacional en nuestra patria: el año 1898 marca la separación, el momento en que se pasa de una á otra. Antes un optimismo exagerado y sin fundamento serio; después, un pesimismo monstruoso, poco justificado.

Antes de la fecha citada, antes del desastre, tenían los españoles una confianza excesiva en sí mismos, se juzgaban invencibles: la carencia de elementos y de recursos era para ellos cosa de poca monta, detalle de nimia importancia; donde quiera se presentase nuestro ejército, debía vencer forzosamente porque así lo quería la historia, la tradición; fiados en ella, convencidos absolutamente de que el valor era cualidad inherente y exclusiva del español, era indudable para todos, su superioridad con las armas en la mano, sobre los demás hombres del globo.

Esta confianza no admitía discusión; era realmente un optimismo fatalista: podíamos abandonarnos despreocupadamente, despreciar toda clase de enseñanzas, sin temor de peligro alguno; siempre seríamos los primeros porque así lo había dispuesto el destino. Nuestras fronteras eran intocables, aun sin contar con las necesarias defensas; nuestras posesiones eran intangibles. No era preciso estar siempre á la defensiva, podíamos hasta permitirnos desafiar á los demás. La larga serie de nuestras victorias se repetía con complacencia, como si constituyera un argumento demostrativo de que no había de interrumpirse jamás.

Algunas voces autorizadas se elevaron, es cierto, contra tal estado de cosas; no dejaron de señalar algunos espíritus clarividentes el abismo á que marchaba la nación por tal camino; pero sus esfuerzos constituyen la mejor demostración del estado de la sociedad, por el vacío hecho á su alrededor y por la hostil acogida de sus profecías: en realidad no fueron oídos ni comprendidos hasta después del desastre, cuando ya era tarde.

Mas llega el año citado y con él una guerra desgraciada, y sin detenernos en analizar las causas de la derrota, sin meditar siquiera sobre las enseñanzas derivadas, olvidando con censurable negligencia las condiciones en que se encontró nuestro ejército y las pruebas por él dadas de valor y resistencia, caemos en el extremo contrario y dejamos abatir nuestro espíritu por el más negro pesimismo.

Desde entonces se han invertido los términos de un modo desconsolador; procediendo como histéricos incurables proclamamos ahora nuestra absoluta inferioridad en todos los terrenos, y no vacilamos en afirmar con gran complacencia de los de fuera, nuestra incapacidad para toda lucha. El valor legendario del español del cual antes no era lícito dudar y de cuya eficacia no se podía desconfiar aun cuando no le acompañaran los necesarios elementos, es hoy no solo puesto en tela de juicio, sino negado, y la tradición y la historia antes invocadas con excesiva frecuencia, son despreciadas y convertidas en materia de risa.

La losa de la desconfianza ha caído sobre nosotros con todo su peso y no deja lugar á la expansión de nuestros espíritus. La tristeza de la impotencia ha llegado á retratarse en los rostros juveniles, mereciendo la protesta de los hombres maduros que no desesperan de la regeneración patria, por no descubrir en la juventud el espíritu fuerte y de valerosa resolución

requerido para la empresa sin fijarse en la génesis de tal estado, sin ver que es consecuencia necesaria de su anterior desprecio del propio valer, creado por el desengaño.

El español se juzga hoy un ser inferior; esta idea ha penetrado de tal modo en su conciencia que cuanto es genuinamente nacional es reputado indiscutiblemente malo; todas las virtudes de la raza son despreciadas, todos nuestros defectos exagerados sin mesura, guardando ferviente admiración para todo lo exótico, seguramente bueno y perfecto, por el solo hecho de ser importado.

No es necesario demostrar de cuan perniciosos efectos es este estado de la conciencia nacional, para la sociedad, y sobre todo para el ejército, en el que repercuten con notable vigor todas las cualidades y vicios del pueblo. No es posible calcular friamente las consecuencias de tal rebajamiento social, en el brazo armado de la nación. La sociedad entrega los jóvenes al ejército para que de ellos se hagan soldados, es decir, elementos útiles para su defensa, para su existencia, ¿y será posible alcanzar este objeto si los jóvenes vienen ya moralmente vencidos, si han perdido la confianza en si mismos?

Porque no son soldados los individuos que posean la instrucción militar y conozcan los deberes impuestos por las leyes militares; esto constituye, digámoslo, la parte externa, el aspecto de forma de la cuestión; lo esencial reside en la potencia del espíritu, en el fondo moral, por cuyo ascendiente aceptan con entusiasmo tales deberes y encuentren en si mismos la necesaria resistencia para poder cumplirlos de un modo real y efectivo, con entera conciencia, sin automatismos. Lo esencial es que el hombre llegue al ejército dispuesto á sacrificarse con entusiasmo por la sociedad, y esto no puede esperarse en un pueblo roído por el excepticismo y la desconfianza. Luego, será preciso conseguir este resultado una vez incorporados á las filas; es cuestión de vida.

Este problema se nos presenta precisamente en el momento en que todas las naciones se han convencido de la importancia en la guerra, del arma blanca; cuando en todas partes se repite que ella decide el triunfo de los ejércitos, en la batalla. ¿Y se ha pensado bien en el alcance de tales afirmaciones? El arma blanca requiere para su empleo excepcionales dotes de energía y de valor, únicamente posibles en quien anida el entusiasmo y se mantiene viva la confianza en la eficacia de su esfuerzo. Es el arma de los valientes. Nunca los cobardes podrán llegar al cuerpo á cuerpo, y cobardes serán siempre por necesidad los que desconfíen de las propias fuerzas.

Las enseñanzas de las últimas campañas no dejan lugar á dudas; la victoria solo se alcanza acosando al adversario con la punta de las bayonetas; la superioridad en el fuego casi nunca llega á obtenerse, y si se obtiene, no basta á decidir una acción: y para que el soldado marche de-

cididamente á encontrarse con el enemigo, ó le espere briosamente en su puesto sin retroceder, es preciso, absolutamente preciso, que se sienta superior á él, ó no le tema, por lo menos.

No es esto cosa nueva para nosotros; nuestras guerras ofrecen ejemplos innumerables de choques de esta especie; pero en aquellos tiempos el soldado español seguía la tradición, no dudaba de si mismo. ¿No podrán obtenerse hoy de él los mismos alardes de valor, las mismas pruebas de su potencia? Ciertamente, y de ello he de ocuparme.

No se crea reducido mi objeto á la exposición de un estado social poco satisfactorio, sin otra finalidad que ponerlo en evidencia, nada de esto; estas líneas servirían entonces tal vez para aumentar el desaliento, la desconfianza, y siempre he aborrecido con la mayor vehemencia un estado anímico que solo conduce al afeminamiento y á la pérdida de la voluntad. Mi trabajo me colocaría en tal caso al lado de quienes laboran por infiltrar el excepticismo en las conciencias, llevándolas á la negación de esta hermosa verdad: las más arduas empresas son siempre posibles, si se sabe querer bien.

Mi finalidad es, indicado el mal, señalar un camino para conseguir su remedio, exponiendo mi opinión, de no haber nadie tan indicado para conseguirlo como nuestra oficialidad, y advertir al mismo tiempo, que si logra fortalecer el espíritu de los jóvenes á ella confiados, haciendo nacer en él la confianza, y despojando su voluntad del caracter actual de timidez ó indecisión, no habrá hecho solo soldados, sino ciudadanos útiles á la sociedad y capaces de hacer desaparecer sus enfermedades; habrá hecho españoles. De tan noble misión pienso ocuparme otro dia.

MANUEL ALVAREZ ESPINOSA
Capitan de Infantería

¿CALIDAD Ó CANTIDAD?

La cuestión magna que está á la orden del día es saber cómo Francia se protegerá mejor contra el peligro que le amenaza por el crecimiento de la fuerza militar alemana. Aun admitiendo que este crecimiento no vaya dirigido contra nosotros no deja de constituir una posibilidad de peligro, y será prudente adoptar precauciones para hacerle frente.

La idea que primero se ocurre es responder á un aumento con otro aumento, y como nosotros utilizamos todo el contingente anual, y no podemos contar con los enganches voluntarios para reforzar los efectivos del ejército, parece que solo tenemos un partido á nuestra disposición: mantener bajo las banderas muyor número de contingentes anuales. Actual-

mente guardamos dos que nos dan unos 500.000 soldados. Volviendo al servicio de tres años, se puede calcular que la clase de más dará por lo menos otros 200.000 hombres.

Esta idea tan sencilla, ha sido acogida por toda la nación con un entusiasmo y un espíritu de abnegación que honran en extremo á su patriotismo. La prensa se ha mostrado casi unánime en aprobar que los poderes públicos aprovecharan inmediatamente las buenas disposiciones manifestadas con tanto celo. La nación ofrece con demasiado gusto su dinero y sus hijos, para que se rehúsen estos regalos, se desdeñen sus sacrificios.

Sin embargo, es menester resignarse á confesar, después del entusiasmo de los primeros momentos, que se ha manifestado una cierta vacilación y que la reflexión ha modificado hasta cierto punto los sentimientos de algunos, como si experimentaran aquel primer movimiento del que dijo Talleyrand: "hay que desconfiar de él, puesto que es el bueno". Ciertamente, se ha resuelto hacer todo lo que se podía y lo que era necesario, pero ¿no podría acudirse á algún otro medio, por ejemplo, oponer la calidad á la cantidad?

Si la lucha ha de reducirse efectivamente á la superioridad numérica, hemos de resignarnos de antemano á ser batidos.

Conservando el servicio de dos años, y sin más que utilizar de un modo más completo los recursos que le suministra su contingente anual, Alemania puede aplastarnos con el número, gracias á la cifra elevada de su población. El día en que ella también llame una clase más al servicio—suponiendo que su situación financiera le consienta este sacrificio—todavía se hará más sensible la desproporción entre sus efectivos y los nuestros. Se puede de este modo imaginar un duelo que continuaría hasta el agotamiento de los recursos del presupuesto ó hasta el agotamiento de otras fuerzas, porque no se puede dedicar impunemente á la defensa nacional todas las inteligencias, todas las buenas voluntades, todas las capacidades y todos los capitales. Recuérdese esta frase de Montesquieu: "En cuánto un Estado aumenta sus tropas, las demás naciones aumentan las suyas, de suerte que no se gana otra cosa que la ruína común".

El autor del "Espíritu de las leyes" quiere dar á entender, sin duda, que es un juego peligroso conservar en filas un efectivo casi equivalente al que puede mantener una nación infinitamente más rica en hombres.

Hay un límite razonable en los esfuerzos que un pueblo puede dar, y su deber consiste en detenerse en ese punto extremo, sin tomar como único objetivo igualarse con los que pueden más. La igualdad ó la superioridad ha de buscarse por otros medios: por alianzas juiciosas y prudentemente consolidadas, por una mejor instrucción, ó una mejor organización ó un mejor armamento de las tropas. Si se puede al mismo tiempo mejorar y aumentar, tanto mejor. Desgraciadamente, á menudo hay que contentarse con elegir uno de los dos términos del dilema.

El esfuerzo realizado por Prusia después de Iena nos demuestra que el empleo sagaz de pequeños medios permite hacer frente á las más graves eventualidades. Si Prusia pudo en algunos años, cuando estaba reducida á una insignificancia, volver á ser algo; si consiguió que su alianza fuera solicitada por la Europa coligada; si pudo llevar el más activo concurso á la coalición; y si pudo tomar parte preponderante en las campañas de 1813 (el Kaiser lo recordaba recientemente) y 1815, fué gracias á la habilidad desplegada por los artesanos del desquite sacando partido de lo poco que le quedaba.

Obsesionados por el valor del número no se pensó que también hay otros problemas delicados que resolver. Se ha dicho que mantener un contingente más en filas no tiene por consecuencia el aumento de una sola unidad al total de nuestros soldados, toda vez que el ejército movilizadno no variará por ello.

¿Qué diferencias en la actual situación impondrá el servicio de tres años y cuáles progresos permitirá cumplir?

Por una parte, la movilización quedará facilitada, porque no serán necesarios tantos reservistas para entrar en campaña y porque los que se incorporen quedarán mejor encuadrados en los elementos activos.

Por otro lado, la instrucción se realizará en mejores condiciones que hoy, puesto que en lugar de disponer solo de la piel y los huesos, las compañías volverán á tener cuerpo y desaparecerá la anemia que ahora las enflaquece.

Estos resultados son innegables. Pero se tiene el derecho de afirmar que no bastan, porque la movilización se facilitará, pero no se suprimirá; siempre será necesario incorporar reservistas, armarlos, vestirlos, equiparlos, amalgamarlos con los elementos activos. Habrá que procurarse caballos. Y si es verdad que con efectivos mayores el capitán reunirá á sus órdenes más hombres para los ejercicios, no es menos cierto que nunca mandará en tiempo de paz tantos hombres como al entrar en campaña.

Esto es verdad para todos los grados; un sargento de artillería tiene á sus órdenes diez hombres y una quincena de caballos precisamente cuando el servicio no presenta ninguna dificultad, y en campaña habrá de manejar doble número de hombres y caballos, ó sea cuando tenga que procurar diariamente el alimento necesario y el alojamiento de hombres y bestias, después de las fatigas de las marchas, de las contramarchas y de las incidencias del combate. Lo racional sería que se facilitaran las tareas de los cuadros á medida que se acumulan los obstáculos. ¿No era acaso por este motivo que los soldados romanos, al estallar la guerra, separaban de su coturno la suela de plomo que les obligaba á desarrollar mayor esfuerzo con los músculos de la pierna? Una vez ésta fortalecida, les bastaba desprenderse de la sobrecarga que había desarrollado su vigor, para eje-

cutar aquellas prodigiosas marchas que aun ahora, cuando han transcurrido tantos siglos, causan la admiración de todos los que las conocen.

Mucho convendría que nos preparásemos para lo más, con objeto de realizar bien lo menos. En todo caso, se debería dar á cada unidad su efectivo de guerra desde el tiempo de paz, con objeto de que el comandante se habituara á manejar esta masa de hombres, se diera cuenta de la dificultad que se encuentra para alimentarla, alojarla, y se grabara en su vista el lugar que ocupa en el terreno.

Ni siquiera en las grandes maniobras nuestros oficiales encuentran ocasión para tales cosas, mientras que los de las milicias suizas tienen siempre consigo, en todas las circunstancias, la totalidad de los hombres que habrán de mandar en tiempo de guerra.

Para que nuestros cuerpos de ejército poseyeran en tiempo de paz sus efectivos de guerra, habría que disminuir su número, reduciéndolo por ejemplo á quince, solución que ya ha sido preconizada en nuestro periódico y que aceptó el general Langlois.

También se podría aplicar un sistema cuyo primer pensamiento se encuentra en una antigua idea de Messimiy, que consistía en tener bajo presión, completamente movilizados, algunos cuerpos inmediatos á la frontera—cinco ó seis, por ejemplo—mientras que más atrás y al abrigo de esa cortina, los demás cuerpos de ejército serían simplemente establecimientos de instrucción militar, semejantes á los depósitos ingleses, los cuales dan la primera instrucción á los enganchados, enviándolos, una vez adelantado su aprendizaje, á los regimientos respectivos estacionados en la India ó en otra cualquiera colonia.

La necesidad de un ejército para el primer choque se impone tanto más imperiosamente, si se recuerda que hace veinte años que los alemanes están trabajando en este sentido.

Esfuerzo tanto más notable, por su parte, cuanto se opone á las tradiciones antiguas que por muchos motivos se ven obligados á conservar, puesto que además de ser esencialmente conservadores, no pueden olvidar que deben al principio de la "nación en armas" las sorprendentes victorias del último siglo. No obstante estas razones, se separan de dicho principio cada vez más, aunque de un modo solapado é insensible. Hace ya veinte años, en efecto, el redactor militar de los "Débats" señalaba los comienzos de esa transformación que se ha acentuado posteriormente y todavía se acentuará más.

"No os engañéis—escribía—: ese ejército rejuvenecido, no es ya el ejército de ayer, obligado á nutrirse con reservas más numerosas que él mismo y obligado á pasar por todas las fases de una movilización metódica; ya no es la "nación en armas" que se pone en movimiento con facilidad y alegremente; puesto que toda la vida nacional quedará en suspenso; es un ejército de profesionales, llevado á su máximo de instrucción, de

movilidad y de potencia ofensiva, del que se puede disponer en cualquier momento y que se puede hundir como una cuña, con terrible impetu, en el flanco de la grande y pesada máquina de guerra que hay enfrente de él, para dislocar todas las piezas y destruir los elementos esenciales.

Si nuestro ejército se limita á reforzar las unidades enflaquecidas vertiendo en ellas los 200.000 hombres que le procurará un nuevo contingente retenido en filas, no dejará de ser la grande y pesada máquina que no es posible poner en movimiento con facilidad y alegría; será siempre un ejército del mismo modelo que el de ayer, necesitado de reservas numerosas y obligado á someterse á todas las fases de una movilización metódica; no será un instrumento de guerra comparable con el que nuestros adversarios han preparado con tanto cuidado y que han llevado á su máximo de movilidad y potencia ofensiva.

Es verdad que tenemos el recurso de aplicar la actual organización alemana á nuestro ejército, concebido según el patrón de la organización alemana ya pasada de moda. Cuando se imita á los demás, hay que copiar la parte buena. ¿Porqué obstinarse en copiar sus defectos y, sobre todo, los defectos que á todo trance procura desterrar.

Tenemos por lo tanto el derecho de pretender que nuestros cuerpos de la frontera estén en pie de guerra y prestos á entrar en campaña de un momento á otro. Aun así, la llamada de un tercer contingente parece adolecer del inconveniente grave de una posible reacción.

Si después del generoso movimiento público que lo hará adoptar, las circunstancias no justifican este retorno á la legislación anterior á 1905, y si el aumento de nuestro ejército tienen por efecto asegurar la paz, es posible que la nación pierda de vista este resultado, para ver solamente que durante tres años, en lugar de dos, sus hijos estarán apartados de sus estudios, arrancados de sus talleres, de sus campos, de sus oficios, sin una utilidad positiva. Por su parte, esa juventud se fatigará de moverse en el vacío, de no aprender nada desde el punto de vista de la profesión de las armas, al mismo tiempo que irá perdiendo las enseñanzas que había obtenido en su profesión civil. Pensará en su porvenir, que esta fuera del ejército, y de nuevo se alejará de éste. Se corre el riesgo de que el antimilitarismo sea la consecuencia de la renovación del espíritu militar que se manifiesta ahora, si esta renovación se traduce en un aumento en el tiempo de servicio. Como el ciclo de la instrucción se habrá recorrido rápidamente, los reservistas llevarán á su casa la creencia de que un soldado se improvisa en muy pocos meses. Es de temer que no se den cuenta ni de la facilidad que ha dado para este aprendizaje el gran número de reclutas de cada compañía, ni de la necesidad de confirmar por la repetición la instrucción individual, ni de las dificultades de la instrucción colectiva, después de la individual, ni de la utilidad, finalmente, que reporta el ejército aunque no haga nada.

Este ejército ejerce una acción "de presencia", como la del centinela, que puede parecer supérfluo mientras no sea atacado por nadie durante su facción, pero que presta servicios importantes, porque si no montara la guardia acaso el establecimiento confiado á su custodia fuera asaltado y saqueado.

Con frecuencia los hombres se dejan guiar por el sentimiento antes que por la razón. Y esta consideración induce á no pocos oficiales, después de la reflexión que sigue al primer entusiasmo, á temer que el servicio de tres años termine fatalmente en el de un año, como la depresión sigue fatalmente á un exceso de fiebre.

Confíemos en que no acontecerá tal contingencia y que si el legislador aprovecha las buenas cualidades de la raza francesa, que acepta el aumento de cargas militares, no resultará de ello, ningún retroceso ni disminución del patriotismo. Esperemos también que, á pesar del gasto ocasionado por la presencia en filas de unos 20⁰.000 hombres más, se dispondrá de bastante dinero para perfeccionar las armas y el material de instrucción, para adquirir caballos, para descargar á la tropa de ciertos cometidos mediante la utilización de la mano de obra civil, y, en una palabra, para mejorar la calidad á la par que se aumenta la cantidad.

(Del *Journal des Sciences Militaires*)



EL NUEVO CAÑÓN FRANCÉS PARA LA ARTILLERÍA A CABALLO

El material definitivo y recientemente adoptado para la artillería á caballo, tiene las siguientes características:

Calibre, 75 milímetros; peso del proyectil, 7,240 kilogramos; velocidad inicial, 485 metros; longitud total del cañón, 1,756 metros; número de rayas, 24; inclinación de las rayas (dextra) 70; altura del eje de la pieza, 994 milímetros; altura de la línea de mira, 1,200 milímetros; sectores de tiro vertical, de 17° 9' á 8° 51'; sector de tiro lateral (á cada lado del eje); 4.° 30'; batalla, 1,520 metros; diámetro de las ruedas, 1,430 metros; peso del cañón, sin el cierre, 274 kilogramos; peso del cierre, 15,5 [kilogramos; peso del afuste, 624,5 kilogramos; peso del escudo, de 3,5 milímetros de grueso, 46 kilogramos; peso de la pieza en batería, 960 kilogramos.

El cierre es de guía excéntrica y se abre y se cierra con un solo movimiento de una palanca, el freno hidráulico es de retroceso, independiente del recuperador, y lleva un órgano para moderar el retorno de la pieza á su posición primitiva; el recuperador es neumático; para la puntería en dirección, el afuste puede correr sobre la cuna; el avantrén es análogo al de la artillería de campaña, pero menor el número de proyectiles que se

transportan; la rapidez de tiro puede llegar á 30 disparos por minuto. En total, la diferencia de peso entre el carruaje pieza de la artillería á caballo y el de la artillería de campaña montada excede de 400 kilogramos.



NUEVO SABLE PARA LA CABALLERÍA

El ejército de los Estados Unidos ha adoptado un nuevo tipo de sable para la caballería, combinación de los mejores modelos existentes, y que es tan eficaz como arma de corte que como arma de punta.

La hoja mide 79 centímetros de largo, y lleva doble corte á partir de la punta para facilitar la penetración de la estocada. La empuñadura tiene 15 centímetros y da gran protección á la mano, teniendo cierto parecido con las guardas de las espadas del último período de la Edad Media. La vaina es de madera, recubierta de piel y envuelta en tela de color verde aceituna (que es el mismo del uniforme); su embocadura es muy ancha—6,2 centímetros—para facilitar la introducción del sable.

Según parece, el aspecto de este sable resulta elegante y recuerda los tipos tan airosos de hace dos ó tres centurias.

